

Lo que María guardaba en su corazón¹ (Lc 2, 14-20; 46-52)

1. LEER EL TEXTO

Al marcharse los ángeles al cielo, los pastores se decían unos a otros: - Vamos derecho a Belén a ver eso que ha pasado y que nos ha anunciado el Señor. Fueron corriendo y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que les habían dicho del niño. Todos los que lo oyeron se admiraban de lo que les decían los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído; todo como se lo habían dicho. (...)

A los tres días lo encontraron, por fin, en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que lo oían quedaban desconcertados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo se quedaron extrañados, y le dijo su madre:

- Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira con qué angustia te buscábamos tu padre y yo! El les contestó:

- ¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que yo tenía que estar en la casa de mi Padre? Ellos no comprendieron lo que quería decir. Jesús bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre lo guardaba todo en su corazón. Jesús iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres (Lc 2, 14-20; 46-52).

2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

A la luz del contexto bíblico...

Para la Biblia el corazón designa la interioridad humana, su intimidad, su lugar oculto, su profundidad y su libertad. No es sólo la sede de los sentimientos, sino de la totalidad de la personalidad consciente, inteligente y libre, de los pensamientos, decisiones y opciones decisivas: "En el corazón inteligente mora la sabiduría" (Pr 14,33); "El consejo en el corazón del hombre es agua profunda, el hombre inteligente sabrá sacarla" (Pr 20,5).

Sólo Dios conoce lo más secreto y "escruta lo íntimo del hombre, el corazón profundo" (Sal 64,6-7); por eso el salmista afirma: "Tú amas la verdad en lo íntimo del ser" (Sal 51,8). El justo "tiene la ley de Dios en su corazón, sus pasos no vacilan" (Sal 37,31) y por eso proclama: "Amo tu voluntad, Señor, llevo tu ley en mi corazón" (Sal 40,9), "dentro del corazón guardo tu promesa" (Sal 119,12); "El corazón del rey es una acequia en manos de Dios: él la dirige a donde quiere" (Pr 21,1).

¹ Fuente: Aleixandre, Dolores. Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio. Editorial CCS, 8º Edición 2008. Corresponde al texto nº 24 "Lo que María guardaba en su corazón".

Existe una relación estrecha entre el corazón y la escucha de la Palabra: "Hijo de hombre", escucha Ezequiel, "recibe en tu interior y escucha en tu corazón todas las palabras que yo te diga" (Ez 3,10) y Oseas indica el lugar de comunicación preferente de Dios: "Mira, la voy a llevar al desierto y le hablaré al corazón" (Os 2,16).

Por eso Salomón pide a Dios: "Concede a tu siervo un corazón que escuche" (1Re 3,9) y los sabios aconsejan: "Hijo mío, por encima de todo, cuida tu corazón porque en él están las fuentes de la vida" (Pr 4,23); "Atiende el consejo de tu corazón ¿quién te será más fiel que él? El corazón avisa de la oportunidad más que siete centinelas en las almenas" (Eclo 37, 13-14); "Reconcíliate con Dios y ponte en paz con él, pondré sus palabras en tu corazón" (Job 22,21-22).

La verdadera condición del israelita es hacer espacio en sí mismo a la Palabra: "Grabad en vuestro corazón y en vuestra alma estas palabras, atadlas como signo en vuestras muñecas, ponedlas como señal en vuestra frente" (Dt 11,18). Porque "la palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón para que la cumplas" (Dt 30,14).

Pero esa Palabra no es siempre fácil de comprender y los acontecimientos que vive Israel se presentan con frecuencia envueltos en misterio y oscuridad; de ahí la necesidad de un esfuerzo por penetrar en el contenido de la Palabra para tratar de asimilarla. Daniel confiesa: "Quedé turbado con estos pensamientos y se me cambió el semblante. Pero todo lo guardé en el corazón" (Dan 7,28). Una característica de la sabiduría israelita es ejercitar una memoria dinámica y actualizante, reteniendo en el corazón el modo como Dios actuó en la historia de ayer para sacar aplicaciones para el hoy: "Hijo mío, no olvides mi enseñanza, guarda mis preceptos en tu corazón (Pr 3,1). Es sabio "el que se entrega de lleno a meditar la Ley del Altísimo, indaga la sabiduría de sus predecesores y estudia las profecías, examina las explicaciones de autores famosos y penetra por parábolas intrincadas, indaga el misterio de proverbios y da vueltas a enigmas" (Eclo 39,1-3).

Es en esa tradición donde se inserta María, la hija de Sión, y Lucas la presenta heredando ese estilo de sabiduría contemplativa al recibir los aspectos oscuros y no inmediatamente inteligibles de su Hijo. María no es sólo su madre, sino su primera y mejor discípula, en estrecha relación con el futuro de Jesús y unida a su destino.

Lucas insiste varias veces en que ella "no comprendió" (2,50), "se quedó desconcertada" (2, 48), "no comprendió sus palabras" (2,50), y precisamente por eso su actitud es la de meditar en su corazón el sentido de los acontecimientos (2,51). El evangelista utiliza el participio *symbolousa* que expresa la acción de "reunir lo disperso", y viene de la misma raíz de la palabra símbolo. Insinúa una actividad cordial de ida y venida de dentro a fuera y de fuera a dentro, una confrontación entre interioridad y acontecimiento, una labor callada de reunir lo disperso, de tejer juntas la Palabra y la vida. Dice algo sobre el trabajo de la fe que María, la creyente, realiza en el "laboratorio" de su corazón para unificar lo que conoce por la Palabra y la realidad que va aconteciendo ante sus ojos.

Descubrir el texto

María es uno de los personajes centrales de los dos primeros capítulos de Lucas, un precioso prólogo a todo su evangelio. Si imaginamos a su autor como un escriba, en el comienzo de su obra nos da las claves secretas de desciframiento de su lenguaje para que sus lectores, a partir de esos códigos, nos ejercitemos en la tarea de descifrar los secretos que vamos a encontrar en todo el evangelio. Y María, como nueva Arca de la Alianza, guarda en su interior la memoria viva de su Hijo.

Si lo imaginamos como un tejedor, los comienzos de su evangelio son el cabo de la madeja en que se “ovilla” toda su teología. Si tiramos de ese cabo, nos será más fácil “desenredar” la madeja y reconocer el dibujo del tapiz que viene después. Y María será la experta tejedora que nos ayude en esa tarea.

Si lo imaginamos como compositor musical, son la obertura de su poema sinfónico en el que hace resonar los motivos musicales de su composición para irnos familiarizando con ella. Y en las palabras y actitudes de María presenta ya todos los temas que vamos a encontrar después en su evangelio.

Como Palabra para hoy

Para comprender lo que significa la actitud de María de “meditar en el corazón”, necesitamos remontarnos a la escena de la Anunciación: en las palabras del ángel todo parece coincidir con las antiguas ideas sobre Dios: el que va a nacer de ella será grande, santo, Altísimo, poseerá el trono de David... Pero en su nacimiento irrumpe una novedad que revela como caducos todos los viejos saberes sobre Dios y su grandeza, santidad y realeza emergen bajo la forma desconcertante de un niño “envuelto en pañales y reclinado en un pesebre”. Por eso María necesitó “guardar y meditar” ese misterio en su corazón, enseñándonos a realizar ese trabajo de la fe y a vivir en alerta permanente, como gente “amenazada de novedad”: lo más probable es que Dios se presente de incógnito y nunca sabremos de antemano cómo aparecerá en nuestras vidas. Alguien ha dicho que lo aguardaban como un rey (“mirra y áloe exhalan tus vestidos...” Sal 45,9), pero él se presentó oliendo a establo. A partir de ese momento, la experiencia de lo Santo ha quedado trasladada a lugares, tiempos y personas inesperadas.

“El que pueda entender, que entienda” (y el que pueda “oler”, que “huela”...)

3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un miembro de la comunidad de Lucas

“Bajó con ellos a Nazaret y les estaba sujeto. Y Jesús crecía en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres” (Lc 2,52)

Cuando acabamos de escuchar lo que Lucas había escrito acerca de la infancia de Jesús, nos quedamos en un silencio extasiado que nadie deseaba romper. Más que oír, habíamos estado contemplado un precioso mosaico en el que

habíamos reconocido el resplandor del Señor resucitado, tal como nos lo había presentado el resto del Evangelio de Lucas.

Los que procedían del judaísmo adivinaban además en cada tesela del mosaico escenas, personajes y palabras de las antiguas tradiciones de Israel con las que estaban familiarizados, y en ellas releían su historia a la luz de Jesús de Nazaret: todo había sido un largo proceso para llegar hasta él. Y los que procedíamos de la gentilidad y que constituíamos la mayoría de la comunidad, nos asombrábamos también ante la novedad de un Dios que nunca dejaba de sorprendernos. Cada uno comentaba aquello que había descubierto bajo los personajes y sucesos de la infancia de Jesús:

- La escena de María visitando a su prima me ha recordado a David transportando el arca de la alianza. También él daba brincos de alegría, como Juan en el seno de su madre y también él dijo: «¿De dónde a mí que el arca de mi Señor venga a mi casa?» Creo que es una manera que ha tenido Lucas de decirnos a los judíos que María es ahora el arca de la nueva alianza...

- Yo he escuchado como dirigidas a mí las palabras del ángel a Zacarías, a María y a los pastores: «No temáis». La persecución que empezamos a padecer me da miedo y me he dado cuenta de que si Dios está con nosotros en la persona de su Hijo, no tenemos que temer nada. Y no tenemos que extrañarnos de sufrir rechazo o incompreensión: tampoco para Jesús hubo sitio en la posada de Belén.

- Yo estoy un poco desconcertado: entre Zacarías e Isabel, con el peso de su ancianidad, de su categoría sacerdotal y de su fidelidad a la Ley, Dios eligió a María, una muchacha galilea de un pueblo desconocido Y tampoco escoge como lugar de su presencia el templo o Jerusalén., sino un descampado en las afueras de Belén, un establo, un pesebre... Me doy cuenta de que tengo que desaprender casi todo lo que creo saber sobre Dios.

- Todo lo importante comienza en lo oculto: en el seno de María, en un niño envuelto en pañales, en la fama dudosa de unos pastores, en la humildad de una casa en Nazaret... Es la misma predilección por la pobreza que ya sabíamos tuvo Jesús durante toda su vida. Si queremos seguirlo, tenemos que estar dispuestos a aceptar que los signos que Dios ofrece pertenecen a la normalidad de la vida cotidiana, sin nada espectacular. Sus señales vienen ocultas en lo más común y ordinario.

- No puede escandalizarnos que Jesús muriera como murió. Si ya desde su nacimiento careció de poder y Dios no hizo ningún milagro para que dispusiera de un lugar más digno ¿cómo nos extrañaremos de que tampoco lo bajara de la cruz? Se comprende que Simeón lo llamara "signo de la contradicción". Si hasta en los pañales con que lo envolvió su madre eran como un presentimiento de los lienzos que envolverían su cuerpo en el sepulcro...

- A mí me llena de asombro la fe de María: ella, lo mismo que nosotros, no comprendía del todo lo que ocurría: el ángel le había dicho que su hijo iba a ser "grande" e "hijo del Altísimo", pero lo que veía en sus brazos era un niño pequeño, como uno de tantos, y en lugar de trono, tuvo que reclinarlo en un pesebre. Pero ella se mantuvo firme en la fe, como la mejor hija de nuestro padre Abraham, y por eso Isabel la proclamó dichosa.

- ¿No os habéis dado cuenta de que todos lo personajes y escenas que hemos leído están envueltas en un rumor de júbilo? Es como si la aparición del Mesías

en la tierra fuera un torrente de alegría que va envolviendo cada vez a más gente: a María, a Zacarías e Isabel, a sus amigos y vecinos, a los pastores de Belén, a Simeón y Ana... La buena noticia de que Dios ama sin condiciones a la humanidad y le entrega a su Hijo, pasa de los ángeles a los personajes y éstos se convierten en portadores de bendición para otros... Precisamente lo que nosotros estamos llamados a ser en medio del mundo.

Lucas escuchaba complacido nuestros comentarios y sólo al final se decidió a intervenir.

- Todo lo que decís es cierto, pero no creáis que he sido siempre yo quien ha tenido la intención de decir todo lo que vosotros habéis descubierto... Es el Espíritu quien se os revela y quien lo seguirá haciendo con tal de que mantengan siempre un corazón sencillo. Yo solamente quiero contarles algo que es para mí la clave de lectura de mi evangelio y también de los que han escrito también Marcos y Mateo. ¿Recordáis lo que digo en la escena de la visita de los pastores al establo?

Lucía, una de las más jóvenes de la comunidad, contestó con rapidez: -Dices que “María lo guardaba todo, dándole vueltas en su corazón”. Fabio, que no soporta que se le adelanten las mujeres le corrigió: -Lo que dice Lucas es que María “meditaba”, no sé de dónde sacas eso de “dar vueltas”...

Lucas intervino de nuevo: -Lucía ha expresado exactamente lo que yo quiero decir al elegir precisamente el verbo *symbollo*. Si conoces bien el griego, te darás cuenta de que significa “reunir lo disperso”, “confrontar”, “simbolizar”. Y eso es justo lo que hacía María: todo lo que le resultaba extraño y desconcertante de su hijo, lo reunía en su corazón con la Palabra que había escuchado, lo rumiaba, le daba vueltas hasta que su fe la hacía capaz de integrarlo y acogerlo...Y esa es precisamente la tarea que tenemos por delante los cristianos. ¿Están dispuestos a seguir en ello?

Juana, la mujer de Andrés el panadero respondió en nombre de todos: - ¡Claro que lo estamos! Yo pienso que lo que hacía María se parece a lo que hago yo cuando amaso el pan: mezclo la harina con el agua, la levadura y la sal, y trabajo todo eso hasta que se forma una masa y ya no se pueden separar ninguno de esos elementos...Y eso es lo que ocurre cuando somos capaces de juntar los acontecimientos de la vida con el evangelio.

Cuando salimos aquella noche de la comunidad, nos sentíamos formando parte de una gran hogaza de pan con la que deseábamos saciar el hambre de nuestros hermanos.

4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

El himno a la Sabiduría de Eclo 24 ha sido aplicado en la tradición eclesial tanto a Jesús como a María. Al convertirlo en oración, podremos ir dejando que sus imágenes nos evoquen el nombre y la presencia del Hijo o de la Madre.

La sabiduría hace su propio elogio,
se gloria en medio de su pueblo.
En la asamblea del Altísimo abre su boca,

se gloria delante de su poder:
«Yo salí de la boca del Altísimo,
y como niebla cubrí la tierra.
Yo puse mi tienda en las alturas,
y mi trono era una columna de nubes.
Yo sola recorrí la bóveda del cielo,
y me paseé por la profundidad del abismo.
Sobre las olas del mar, sobre toda la tierra,
sobre todos los pueblos y naciones se extendía mi dominio.
Por todas partes busqué descanso
una heredad donde habitar.
Entonces el creador del universo me dio una orden,
el que me había creado me hizo plantar la tienda,
y me dijo: «Pon tu tienda en Jacob,
sea Israel tu heredad.»

Desde el principio, antes de los siglos, me creó,
y por los siglos de los siglos existiré.
En la santa morada, en su presencia ofrecí culto
y me establecí en Sión;
en la ciudad amada me hizo descansar,
y en Jerusalén reside mi poder.
He arraigado en un pueblo glorioso,
en la porción del Señor, en su heredad.

Crecí como cedro del Líbano
como ciprés de las montañas del Hermón.
Crecí como palmera de Engadí,
como plantel de rosas en Jericó,
como gallardo olivo en la llanura,
como plátano junto al agua.
Perfumé como cinamomo y espliego
y di aroma como mirra exquisita,
como incienso y ámbar y bálsamo,
como perfume de incienso en el santuario.
como nube de incienso en la Tienda.

Como terebinto extendí mis raíces,
un ramaje bello y frondoso,
como vid lozana retoñé,
mis flores y frutos son hermosos y abundantes.

Venid a mí los que me deseáis,
y saciaos de mis frutos,
porque mi recuerdo es más dulce que la miel,
mi heredad más dulce que los panales.
Los que me comen aún tendrán más hambre,
los que me beben aún sentirán más sed.
Quien me obedece, no pasará vergüenza,

los que cumplen mis obras, no llegarán a pecar.»(...)

Yo salí como canal de un río,
como canal que deriva de un río,
como acequia que riega un jardín,
dije: «Regaré mi jardín
y empaparé mi tablar.»
Pero el canal se me convirtió en río,
y mi río se ha convertido en un mar.
Haré que mi enseñanza brille como la aurora,
y que resplandezca en la lejanía.
Derramaré mi enseñanza como profecía,
la transmitiré a las generaciones futuras.